



OBSERVATORIO DE IDEOLOGÍAS  
DE LA VIOLENCIA

[www.sepv.org/ethos/](http://www.sepv.org/ethos/)

[obidev@sepv.org](mailto:obidev@sepv.org)

## EL PAPEL FUNDAMENTAL DE LAS CREENCIAS MISÓGINAS EN LA VIOLENCIA DE GÉNERO Esperanza Bosch Fiol y Victoria A. Ferrer Pérez

Cuando se trata el tema de la violencia de género surge siempre la misma pregunta: ¿qué les pasa a los hombres violentos? ¿Cómo pueden compaginar en su código personal una vida aparentemente normal en el trabajo, en sus relaciones sociales o con sus amistades, con el insulto, la vejación, la agresión física o, incluso, el intento de asesinato o el asesinato hacia sus parejas o ex – parejas?

Durante mucho tiempo, y en un claro intento de tranquilizar las conciencias se ha mantenido que éste era un tema directamente relacionado con la psicopatología, la marginalidad o el abuso de alcohol, y, por supuesto, algo privado que no debía salir de las fronteras del hogar.

De esta manera la sociedad patriarcal ha intentado tirar “balones fuera” y mantener la discusión sobre la violencia masculina contra las mujeres en la periferia, tratando cada caso como un caso aislado y excepcional.

Recolocar el problema en el lugar que le corresponde, desenmascararlo y situarlo como algo absolutamente prioritario en la agenda política ha sido un proceso muy costoso, resultado, fundamentalmente, del enorme esfuerzo del movimiento feminista.

En ese tránsito de la violencia de género de problema privado a problema público fue, además, esencial el reconocimiento de las reivindicaciones feministas por parte de los organismos públicos y, entre ellos por la ONU, que en 1993 aprobó la “Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer”, primer instrumento internacional de derechos humanos dedicado exclusivamente a este tema y en 1995 auspicia la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer en la que se adoptan la Declaración de Beijing y la Plataforma de Acción que dedica toda una sección a la violencia contra la mujer, considerando que su eliminación es esencial para la igualdad, el desarrollo y la paz. (Bosch y Ferrer, 2000).

Los conocimientos actuales sobre la cuestión nos permiten afirmar que el abuso del alcohol, el estrés, las situaciones de marginación social, cultural o económica son factores precipitantes, pero no determinantes de la violencia masculina contra las mujeres (véase una revisión de la literatura al respecto en: Ferrer y Bosch, 2002). Llegados/as a este punto cabe pues preguntarse qué tienen en común todos los violentos. Y justo aquí es donde surgen con toda su potencia y con un papel claramente protagonista las creencias misóginas.

Hemos dicho en numerosas ocasiones que el maltratador golpea por ideología, que utiliza todas las formas posibles de terror para mantener el control y seguir ejerciendo el poder sobre su compañera o ex – compañera, haciendo uso de lo que la sociedad durante siglos ha considerado como absolutamente legítimo y natural: el principio de superioridad masculina (Bosch y Ferrer, 2002).

Es pues el cuerpo de creencias misóginas la columna vertebral que sustenta todo el entramado machista, que legitima el uso de la violencia de género en sus diferentes modalidades y en los diferentes escenarios donde que ocurre (el maltrato, el acoso sexual, la violación, ...). Para simplificar podríamos decir que no todos los misóginos (dependería del grado) llegan a emplear la violencia física (en muchas ocasiones sí la psicológica), pero que todos los agresores sí son misóginos.

Entendemos también que la misoginia, es decir, el desprecio y el odio hacia las mujeres, se nutre de una serie de supuestos relativos, básicamente, a la consideración de las mujeres como inferiores moral, física e intelectualmente y cuyo análisis abordamos en un trabajo titulado “Historia de la misoginia” (1999, Antrophos). En cuanto a las manifestaciones de la misoginia, se ha sugerido que, además del sexismo hostil o tradicional que sostiene abiertamente la supuesta inferioridad de las mujeres como grupo, ha surgido un nuevo tipo de manifestación, denominada sexismo benévolo, que, seguiría siendo sexista (en cuanto considera a las mujeres de forma estereotipada y limitadas a ciertos roles) aunque “suaviza” la percepción, introduciendo algunos matices: “el hombre más que dominar protege”; “algunas cualidades ‘naturales’ de las mujeres son positivas y hay que potenciarlas”, etc. (Glik y Fiske, 1996).

En definitiva, la misoginia, aunque en algunos sectores pueda manifestarse de una forma matizada, sigue existiendo, y, desde nuestro punto de vista, al igual que ocurre con el racismo, se da una relación directa entre el alto grado de adhesión a estas creencias y la probabilidad de pasar a la acción violenta.

Podríamos concluir diciendo a modo de resumen que la violencia de género se origina en una sociedad patriarcal, donde las relaciones entre hombres y mujeres son asimétricas, y donde se da por sentado que lo masculino es superior y lo femenino inferior, que los hombres mandan y las mujeres deben obedecer, que ellos producen y nosotras sólo reproducimos. Todo ello se añade, además a los mitos imperantes sobre el amor romántico. Uno de esos mitos justifica los celos, incluso en su máxima expresión, entendiéndolos como prueba de ese poderoso sentimiento que “todo lo justifica” y que confunde amor con posesión y sexo con poder.

En definitiva, todas estas reflexiones y nuestro trabajo sólo confirman con datos empíricos aquello que la cultura popular ya sentenció hace mucho tiempo y es que la explicación última del la violencia masculina contra las mujeres es: “la maté porque era mía”.

### Referencias.

- Bosch, Esperanza y Ferrer, Victoria A. (2002). La voz de las invisibles. Las víctimas de un mal amor que mata. Madrid: Ed. Cátedra. Col. Feminismos.
- Bosch, Esperanza y Ferrer, Victoria A. (2000). La violencia de género: De cuestión privada a problema social. Intervención Psicosocial. Revista de igualdad y calidad de vida, 9(1), 7-19.
- Glick, Peter y Fiske, Susan T. (1996). The Ambivalent Sexism Inventory: Differentiating Hostile and Benevolent Sexism. Journal of Personality and Social Psychology, 70, 491-512.